tant : al monarca (*aun continuan los murmullos*); al rey constitucional (*cesan los murmullos*).

Benjamin Constant tenia mas mordacidad que Manuel, si bien untaba con miel su aguijon antes de picar, y todo lo decia porque poseia el arte de decirlo todo.

Por otra parte, por mas liberal y opositor que fuese, Benjamin Constant era caballero, y esto aumentaba la indulgencia de una mayoría aristocrática.

Añádase que estaba dotado, y á un grado superior, de ese poder de apropriacion que distingue los literatos, y que es la facultad característica de las imaginaciones penetrantes y móviles. Desde que tales organizaciones se ponen en frente de un objeto, lo reflejan de un modo tan semejante que causan ilusion al vulgo; y poseyendo apenas la superficie de la ciencia, tan solo la nomenclatura, parecen dominar la sustancia y el fondo.

Todos sus discursos abundan en expresiones vivas, ingeniosas y finas : así caracterizaba en estos términos la prensa :

« La prensa es la tribuna ensanchada; la palabra es el vehículo « de la inteligencia, y la inteligencia es dueña del mundo material.»

De este modo definia la censura : « La calumnia en monopolio « ejercida por la bajeza en provecho del poder. »

Hablando de los ministros decia : « Es tan imposible, en todo « lo que es arbitrario, calumniarlos como compadecerlos. »

Como fingiese lamentarse la derecha de que, á fuerza de exigir garantías, no habia medios de encontrar funcionarios : « No teman « Vms., decia Benjamin Constant, desalentar á los aspirantes al « poder, pues su valor es indecible. Cuando está vacante una pre- « fectura, ¿quien es el que toma la fuga para no ser condenado « á recibirla? »

Al hablar de ciertos diputados que defendian verbosamente los empleos lucrosos y parásitas : « Ni en dinero, ni en palabras hay « la menor economía. »

Todo esto es chiste y donaire, pero todo esto huele mas bien al escritor que al orador.

Pero insertemos una brillante imprecacion contra la lotería, con el fin dar una idea de las calidades y defectos de su manera :

« Si existiese, Señores, en las plazas públicas, ó en una guarida « recóndita, un juego que acarrease infaliblemente la ruina de los « jugadores; si el director de empresa tan ilícita como falaz con- « fesase que juega á ganancia segura, esto es, en oposicion á las « leyes de la probidad mas vulgar; si para asegurar el éxito de su « desleal especulacion halagase y atrajese á la clase mas fácil de « engañar y corromper, rodease al pobre de seducciones, impe- « liese al inocente á cometer las mas criminales acciones, y recur- « riese, para cegar su presa, á la impostura y á la mentira; si es- « tas mismas imposturas y mentiras fuesen propaladas y pregonadas « del modo mas público en nuestras calles y plazas; si resonasen « promesas á cual mas absurdas é ilusorias á los oidos de la cre- « dulidad é ignorancia; si organizase medios clandestinos y tene- « brosos para que sus incautas víctimas se precipitasen en el « abismo, sin que pudiese alumbrarlas la luz de la razon, ni dete- « nerlas el temor de la reprobacion, ni preservarlas de la tenta- « cion el grito de su familia; si para responder á tan pérfidas « solicitaciones, renovadas sin cesar, el criado robase á su amo, « el marido despojase á su muger, el padre sacrificase el pan de « sus hijos, mientras que permaneciese sentado tranquilo y có- « modo en su caverna privilegiada aquel que es á la vez instigador, « encubridor y cómplice, tendiendo la mano para recoger los pro- « ductos del robo y miserable dinero arrancado á la subsistencia « de las familias; si enfin fuese demostrado que cada año los des- « órdenes que provoca, arrastran sus víctimas de la miseria al crí- « men, del crímen al presidio, al suicidio ó al cadalso, ¿qué sen- « timientos experimentarian Vms., Señores? »

Cuando Benjamin Constant se veia acosado por las interrupciones, chispeaban sus ojos, soltaba una multitud de dichos picantes y llenos de naturalidad, y sacaba partido de todo, de una carta, de un hecho, de la menor circunstancia, de un cotejo histórico, de una concesion, de una exclamacion, de una palabra. Como un buitre que acecha su presa con las garras abiertas, bastábale solamente cerrarlas, para llevarla sangrienta á su nido. Apoyado en sus codos, atento el oido, inclinada la cabeza, con la pluma en la mano, devoraba el debate, la tribuna y el orador.

Era tan poderosa su atencion, y tal su facilidad de composicion, que, al escuchar el discurso de un adversario político, escribia la refutacion que inmediatamente leia en la tribuna. Método, órden, argumentacion, estilo, nada faltaba; tanto poder tenia de abstraerse y aislarse en medio del ruido, de la multitud y de sus propias agitaciones.

Pero, es preciso reconocerlo, esa nimiedad de estilo, esa elegancia exquisita, ese arte de sinonimia llevado hasta el extremo,

despojan la recitacion parlamentaria de su vigor, de su flexibilidad natural y aun hasta de su gracia; pues la tribuna no debe ser como la Academia, ni el orador un artista; en cada lugar su género, y á cada personage su carácter propio.

Hay dos suertes de dialéctica: una insinuante y fina, otra nerviosa y densa; la fuerza de esta reside en los argumentos, la de aquella en la agudeza y la gracia; la dialéctica nerviosa ataca y domina directamente la cuestion, la insinuante la rodea y penetra por las hendiduras; Benjamin Constant poseia esta última.

Hay tambien dos especies distintas de elocuencia: una brota del fondo del alma como de un manantial caudaloso que todo lo arrasa y avasalla; y otra que envuelve los adversarios con numerosos hilos, los atrae á sus lazos, los fascina con la mirada, los enlaza, los aglutina, los retiene, y les da la muerte con mil mordeduras. Benjamin Constant brillaba por esta última especie de elocuencia.

En efecto deslumbraba mas bien que enardecia, tenia mas maña que vehemencia, era mas persuasivo que convincente, mas fino que animado, mas sutil que robusto en su lenguaje, mas agudo que impetuoso. Complacíase en los reflejos anacarados de su estilo, en las oposiciones de las palabras y pensamientos, en la luz emitida por las facetas prismáticas del antítesis. La oracion parlamentaria exige mas nervio, mas gravedad, mas sencillez, mas anchura; y, para ser orador, no hay que pretender parecerlo.

Benjamin Constant no era solamente brillante en la tribuna, sino al mismo tiempo un gran publicista, y bajo este título sobre todo se impuso la mision de proteger á los escritores,

Nadie en efecto conoció mejor, y defendió con mas porfía los derechos de la prensa, ese poder mas fuerte que los ejércitos, códigos y religiones; mas rápido que los vientos, mas vasto que el espacio, tan inteligente como el pensamiento. Lo que especialmente caracterizaba las Cámaras de la Restauracion, era su ojeriza envidiosa, instintiva y mortal contra la prensa. ¿Tenian acaso un secreto presentimiento que la prensa acabaria con ellas?... Ello es cierto que así se ha verificado, pero no lo es menos que en mucho cooperaron ellas mismas á este resultado. Por otra parte, en todos tiempos la tribuna, celosa de la prensa, siempre ha procurado humillarla por chabacanas chocarrerías, y sofocarla por procesos inícuos y penalidades monstruosas. Tal era la rebelion del censo contributivo contra el talento, tal fue el último grito

arrojado por la feudalidad pecuniaria, en las convulsiones de su agonía. No hay diputado, por oscuro que sea, procedente del lugarejo mas ignorado de Francia, que no se crea superior á un periodista; y lástima causa el decirlo, pero es así. Tal mostrenco que sube á la tribuna á chapurrear nuestra lengua, no se figura que no se le juzgaria digno de ser admitido entre los escribientes de la última mesa de una redaccion, por temor de que estropease el nombre de los abonados en las fajas del periódico.

Nunca olvidó Benjamin Constant que, antes de haber sido diputado, habia sido periodista, y que esta era la mas bella parte de su gloria. En toda ocasion, y á todo momento, reclamó con energía la reforma de la arbitrariedad prefectoral, la abolicion de toda jurisdiccion excepcional, la intervencion del jurado, y la libertad de la imprenta. En el dia abogaria por las mismas garantías, porque, con mengua y desdoro de un gobierno nacido de las entrañas y sangre de la prensa, la prensa lucha y forcejea con las mismas trabas que en tiempo de la Restauracion, obligada á mentir ó á callarse, y abstenerse de discutir el principio del gobierno, ó aguantar los puntapiés y escupitajos de un senado gotoso. El gobierno le ha atado las manos, y en este estado, le ha colocado entre la ruina procedente de la confiscacion y el encarcelamiento; y, para colmo de injuria, los autores de esta alevosía, echan los bofes gritando: la prensa es libre.

Mas que otro publicista, contribuyó Benjamin Constant á sacar la clase media de la ignorancia política en que se halla de nuevo aletargada desde 1830. Al mismo tiempo, gustaba sobremanera de prodigar elogios á la juventud estudiosa de las escuelas. En el dia la juventud estudiosa dormita con el resto de la nacion, y, en vez de formar su juicio, los profesores abruman su memoria, enervan su tierna inteligencia con el hacinamiento de lecciones y cursos, la sumergen y zambullen en las materialidades del eclectismo, la dejan sin religion, moral, lógica, fraternidad y patria. Pero en cambio, es preciso confesar que nunca la juventud estudiosa y dorada danzó mejor la mazurka.

En los paises libres, los que quieren esclavizar al pueblo empiezan siempre por afeminar las inteligencias y corromper los corazones, para sofocar el espíritu de asociacion, oprimir la prensa, y desterrar de la república de las letras esos grandes sentimientos, esos generosos instintos, orígen de las grandes acciones, y que, si no pueden restablecerla, asisten á lo menos á la

libertad en su hora suprema, con sus consuelos y lágrimas.

Benjamin Constant tributaba continuos homenages á la virtud, á la profunda prudencia, tino exquisito y legitimidad del rey Luis XVIII; y llegó, por un giro habil de fraseología, hasta imputar la nominacion del convencional Fouché á Luis XVIII, como un efecto de su magnanimidad, cuando solo lo era de su miedo. Igualmente el general Foy, para justificar la absurda sustitucion de la efigie de Enrique IV á la de Napoleon en la cruz de la Legion de honor, la calificaba de noble ficcion. Como los augures de la antigüedad, la derecha y la izquierda no podian mirarse sin reirse, cuando la primera hablaba de su amor por la Carta, y la segunda de su amor por el rey. Pero ¿cómo ha de ser? Es preciso, ó que los oradores mientan, ó que se condenen al mutismo. Así Benjamin Constant aceptaba en Francia los hechos cumplidos. En Inglaterra los radicales aceptan la reina, y ninguno la saluda con mas fervor que O'Connell. Mas adelante, cuando cae el príncipe, director, consul, ó emperador que recibió el juramento, cada cual se excusa diciendo que la culpa es del gefe del gobierno que desaparece, que él fue el verdadero traidor y perjuro, pues vencido está; que él fue el que faltó á su palabra, y por consiguiente se hallan los demás exentos de cumplir la suya, y que en sustancia no hay razon que obligue á los vivos á enterrarse con los difuntos. Y si no hubiera mediado entre los partidos convencion tácita en este punto, ¿acaso hubiera podido durar quince años la comedia restaurativa? Ninguno de los actores parlamentarios de la izquierda hubiera subido á las tablas, y hubiera sido necesario volver al público su dinero.

El nombre del monarca salia en todos los discursos; todo se referia á su persona soberana; era la causa del efecto, mientras que actualmente es el efecto de la causa; era el principio del gobierno, y en el dia es la consecuencia del principio; existia antes de todo lo que existia, y en el dia existe despues de lo que ha existido.

Todas estas frases, revestidas de respeto y humildes salutaciones, no impidieron que el pueblo llevase su mano sobre la persona sagrada é inviolable del monarca, y lo enviase por mar á Holy-Rood. Desde entonces cada partido es libre, sino de decir todo lo que piensa, á lo menos de no mentir. Así, que vaya Berryer á hacer pruebas de obsequio y ternura para con Luis Felipe como los pinches de las cocinas de Neuilly, y todo el mundo se mofará de

él, y con razon. La corrupcion ha invadido aun mas profundamente que bajo la Restauracion, hasta el tuétano parlamentario; pero á lo menos ha desaparecido la hipocresía liberal, y ya es algo.

Tampoco hay que tomar á la letra ciertas fórmulas obsequiosas que emanan de la urbanidad exquisita de nuestro idioma y costumbres. Hombre de mundo, Benjamin Constant subia á la tribuna con las maneras y delicadeza de una sociedad ingeniosa y culta.

Su instruccion de legislador no era de lo mas sólido. Como todos los publicistas de la Restauracion, carecia de un conocimiento profundo de los intereses materiales y verdaderos principios de economía agrícola é industrial. Habia tambien en su religiosidad y en su filosofía política, un tinte vago, y como un reflejo de la incredulidad y escepticismo del siglo décimo octavo. Benjamin Constant tenia la fe de la inteligencia, mas no la del corazon, y no amaba la religion por su dogma, sino por el sosiego que trae á una conciencia inquieta. No queria el trono por su derecho, sino por necesidad, y no rechazaba los principios de la república, sino su forma. «La república, decia, es imposible en el «estado actual de los ánimos, en la situacion industrial, mercan«til, militar y europea de la Francia.» En otros términos, la forma republicana no tenia, en su concepto, mas obstáculo que el de la oportunidad, y era casi una cuestion de geografía.

Atacaba á Rousseau por haber sostenido el derecho divino, al paso que él mismo no admitia la soberanía del pueblo, sino una especie de soberanía de justicia, análoga á la soberanía de la razon de los doctrinarios, y no menos incomprensible, indefinible é inaplicable. ¿Acaso la soberanía del pueblo, tal como nosotros la entendemos, no implica la soberanía del derecho, justicia y razon? No conozco una sola cuestion política ó social que no defina y resuelva.

Políticamente la soberanía popular es la luz que luce en las tinieblas de la disputa humana, y ella sola puede alumbrar á los lógicos. Fuera de ella solo hay arbitrariedad, iniquidad, contradicciones, caos; y, por falta de este piloto tan seguro, tan infalible; el mayor publicista de la Restauracion se escolló tristemente como un naúfrago cualquiera en los escollos de la revolucion de Julio, sin acertar á comprender que ningun poder puede prescribir ó prevalecer contra el derecho eterno de las naciones, ni imponer un gobierno á su antojo.

Su segundo error fue el creer que se puede ser á la vez funcionario é independiente. En lugar de quedar con el pueblo en la ribera y mirar pasar el torrente doctrinario, se detuvo en medio de este, el cual lo arrastró impetuoso. Su alta razon se doblegó, y sucumbió bajo su imaginacion. Ya en 1815 habia bastado una mirada de Napoleon para fascinarlo. Quince años mas tarde sucumbia bajo el encanto de otro poder, y, en el burlesco orgullo de su paternidad, se engreia ufano, siendo el engendrador doscientos décimo nono, de haber dado á luz un rey, y cambiado en monarca un simple ciudadano. Su alegría llegaba hasta el delirio, la fiebre abrasaba sus sesos, y, en los transportes de su entusiasmo, le escapaban expresiones hiperbólicas, como por ejemplo: «Tenemos «el ideal de un rey ciudadano.»

A la verdad tales accesos duraron pocos dias, y cuando se hubo disipado su embriaguez dinástica, recobró poco á poco la plenitud de sus facultades. Es de notar que, en todos los literatos, hay un rinconcito en que se aloja el sentimiento democrático, y por mas olvidadizo que lo haga la corrupcion de los favores, dignidades y oro, ese sentimiento aparece siempre por un lado ú otro. Benjamin Constant era literato, y cuando llegó á notar que su cadena dorada le sujetaba ambas muñecas, la sacudió, y con un poco de mas esfuerzo la hubiera roto. Por otra parte tenia una sed inmensa de popularidad, casi tanta como Lafayette, y á toda funcion pública, preferia con razon la calidad de periodista y diputado, pues su fuerza y gloria le venian de la prensa y la tribuna.

Por fin abrió los ojos, y reconoció con Dupont de l'Eure, Laffitte, Lafayette, Salverte, Arago, y toda la gloriosa falange de patriotas, que la revolucion de Julio no era una paz sino una tregua. Benjamin Constant hubiera pronto dejado el botin por la pelea, y, dimisionario ó destituido, no hubiera tardado en sonar la botacilla de la Oposicion.

Pero ya se iban gastando los resortes de su vida. Su noble cabeza se inclinaba, y, á menudo la apoyaba en ambas sus manos, para meditar en la vanidad de las revoluciones. Esos sueños de porvenir, esas bellas ilusiones que, durante quince años habian pasado ante sus ojos, se desvanecian una despues de otra. El brillante orador, con la cabeza llena de negras tristezas é invencibles melancolías, se arrastraba penosamente de su banco á la tribuna, y, con sus labios apagados que ya no podian sonreir, se despidió de la libertad moribunda, y bajó con ella al sepulcro.

ROYER-COLLARD.

Royer-Collard fue el venerable patriarca de los realistas constitucionales bajo la Restauracion.

Hace algunos años que mostrábase á nuestra vista como una sombra para recordarnos que habia existido, semejante á esas hermosas cariátides de Osiris é Isis que los Romanos, dueños del Egipto, colocaban en sus nuevos templos, para atestiguar que habian existido en esas mismas riberas, otro templo, otras divinidades, otra fe, otros pontífices.

Sentado en la mas alta cumbre de la Cámara, Royer-Collard no se mezclaba á sus debates; ya no dirigia sino observaba, y no hablaba sino meditaba; ya no pertenecia á nuestros tiempos, y actualmente podemos pronunciar sobre su memoria el fallo de los muertos.

Las Cámaras de la Restauracion tuvieron varias escuelas políticas.

El general Foy representaba la escuela militar, Casimiro Perier la económica, de Serre la gubernamental, Benjamin Constant la constitucional, y Royer-Collard la filosófica.

Tenia este orador menos brillo que el general Foy; menos finura, dialéctica y flexibilidad que Benjamin Constant; menos impetuosidad y fuego que Casimiro Périer; menos ciencia legislativa y originalidad que de Serre; pero era el primero de nuestros escritores parlamentarios.

Royer-Collard poseia un estilo vasto y magnífico, un toque firme, artificios de lenguaje muy doctos y prodigiosamente trabajados, y esas expresiones felices que se graban en la memoria de los oyentes. Agréguese á esto una noble virilidad en sus discursos á la manera de Mirabeau, algunos movimientos oratorios casi tan pronto comprimidos como expresados, como si hubiese temido abandonarse á la vehemencia; una razon elevada en las materias